

Norte-Sur, pero construir algo en positivo es extremadamente difícil. La ecuación de que son pobres porque son explotados y se les arrebatan sus riquezas hoy habría que descartarla»⁷, lo que no quiere decir ciertamente que la explotación no exista en dosis diversas, pero es más efecto que causa del atraso y la corrupción. En esa línea, el representante de la Santa Sede en la Cumbre de Johannesburgo (agosto-septiembre 2002), el arzobispo Renato R. Martino, en una intervención muy crítica para el Primer Mundo, señaló también que no hay desarrollo sostenible sin cambio en el estilo de vida de unos y otros⁸. Lo que asimismo corrobora Fernando Savater con palabras muy duras: «...no hay peor paternalismo (ni más clara convicción de la superioridad occidental) que la de quienes explican todos los males de los pueblos sojuzgados exclusivamente por la omnipotente maldad de los pueblos ricos, sin analizar también ingredientes nativos como el aferramiento a tradicionalismos religiosos que excusan o exigen despotismos políticos. Quienes consideran que la teocracia forma parte de la respetable «identidad cultural» de algunos pueblos deben estar dispuestos a aceptar también como rasgos típicamente folkclóricos de tales bienaventurados la miseria y el analfabetismo»⁹.

Y sin embargo sólo el par capital-técnica logra conseguir ventajas competitivas que resultan definitivas para la prosperidad económica de los pueblos. ¿De qué depende el crecimiento? –se pregunta el profesor Pampillón–, de la inversión y de la tecnología, y éstas a su vez de la creación de empresas»¹⁰. Por tanto, a largo plazo, no puede haber desarrollo económico en un país sin un tejido empresarial fuerte y competitivo». Esos factores son los que, a su vez, procuran la mejoría general de las naciones, lo que puede comprobarse con un simple vistazo a la realidad: es esa falta de adopción de nuevas tecnologías la que ha producido el trágico retraso del Sureste asiático y de África subsahariana.

Naturalmente que esas transformaciones no acontecen sin disfunciones inevitables, sobre todo en los primeros momentos –destrucción

⁷ Hno. Fernando Acedo, «Experiencia agrícola» en *Mundo Negro*, enero 2004, p. 58. Escribe desde Teticha, Etiopía, y añade: «Para mí no es una cuestión de un pan a repartir, más bien se trataría de un pan a producir. Es cierto que muchos males de África han venido del exterior, pero las raíces del subdesarrollo se encuentran también en la falta de capacidad profesional y en la dificultad de adaptar los ritmos tradicionales de la vida a los ritmos de producción y el trabajo moderno».

⁸ Cfs. «Alfa y Omega» en *ABC*, 12.9.02, p. 24.

⁹ F. Savater, «La civilización y Lady Mary» en *El País*, 20. 10. 01, p. 22.

¹⁰ Rafael Pampillón, «Ayuda al desarrollo y crecimiento económico», en *Retos de la cooperación para el desarrollo, Colección Ventuno de libros*, 2002, pp. 35 ss.

de empleo tradicional o paro por falta de cualificación laboral, por poner un ejemplo— remediables mediante aplicaciones graduales de los nuevos métodos de trabajo, reciclaje de trabajadores, protección social, etc. Pero al tiempo, abandonar los viejos sistemas de producción es muchas veces abandonar formas de vida y de cultura tradicionales, lo que tiene asimismo un precio social y humano digno de consideración. Con todo, si es cierto que la tecnología, en especial las nuevas tecnologías derivadas de la revolución digital están sacudiendo, incluso en el mundo desarrollado, la cultura, la sociedad y la política, esas sacudidas son para bien, en general. Así, extienden y mejoran la educación, y al incrementar el poder y la autonomía de los individuos, ayudan a la movilidad laboral, mejora las aspiraciones e inquietudes de los individuos y equilibra la relación entre el pueblo y sus gobernantes.

En todas estas perturbaciones que pueden generarse, analizadas con detenimiento por economistas, sociólogos y antropólogos, se refugian también alborozada y alborotadamente —aunque con mas tiento a partir de los sucesos del 11 S, como comprobamos en Monterrey o en las manifestaciones «autónomas» de Bombay poco después¹¹— los movimientos antiglobalización de los que forman parte tanto gentes generosamente interesadas por el Tercer Mundo cuanto sectores automarginados que luchan como lo hacían los chicos del 68 contra el Sistema, o restos de una izquierda marginal y aflorante que intenta practicar un internacionalismo de corte soviético cuyos resultados ni en la URSS ni en los lugares del Tercer Mundo donde se aplicaron arrojaron resultados que no fueran repetir por otros métodos la pobreza y la desigualdad.

3. El capital, bien se sabe, puede llegar de fuera —así ha ocurrido en casos tan conspicuos como el despegue de los EE UU en el siglo XIX y otros tantos más— pero siempre que el capital encuentre en el lugar de destino condiciones para fructificar. Y en muchos casos ésta es casi una patética petición de principio, porque, ¿qué se encuentra en los países no desarrollados? Aparte de los datos materiales poco confortantes de que antes se hablaba, están los no materiales, desde el ejercicio despótico del poder hasta el analfabetismo del que se dieron algunas cifras.

Quizás convenga recordar, al llegar a este punto, que vivimos en una Sociedad del Conocimiento, anunciada y bautizada así hace unos años por Peter Drucker, que aunque en 1993 la tratase como Sociedad

¹¹ Con aspectos sin duda positivos para la lucha contra la injusticia, la guerra, el terror y la democratización necesaria.

Postcapitalista¹², advertía ya de que el saber era el eje en torno al cual se movía la economía. Hace muy poco afirmaba: «La sociedad próxima será una sociedad del conocimiento. El conocimiento será el recurso clave, y los trabajadores con conocimientos serán el grupo dominante entre las fuerzas de trabajo»¹³. Pues bien, si echamos un vistazo a dos instituciones cuyo fluido funcionamiento resulta imprescindible para conseguir conocimientos y despegar y sostenerse en el despegue, como son la educación y la comunicación, tampoco hay mucho que aplaudir. Cabe entonces preguntarse con alguna razón, ¿qué posibilidades puede ofrecer un sistema social cuyos subsistemas de educación y comunicación sean raquíticos? Pero vayamos a los datos reales, necesariamente muy sucintos para no hacer la relación aburrida y poco inteligible.

Las tasas de escolarización son en los 41 países de África subsahariana, para Primaria, del 37% como media en trece de ellos, menos aún si son niñas; y para Secundaria, sólo cuatro llegan al 50%, menos asimismo si son niñas. En Asia central y meridional las cosas van mejor excepto en el caso de las repúblicas ex soviéticas y Afganistán, Pakistán, Mongolia y Laos cuyas cifras hacen juego con las africanas.

Entre tanto, la ecuación –dada en porcentajes respecto al PIB nacional respectivo– entre el gasto público en educación y el gasto público militar es de 4'8 y 11'3 en Kuwait; de 3'9 y 12'2 en Omán; de 0'9 y 3'0 en Sudán; de 1'8 y 4'5 en Pakistán; de 4'8 y 6'2 en Etiopía; de 3'4 y 8'1 en Burundi; de 1'0 y 3'6 en Sierra Leona; de (¿) y 27'5 en Eritrea. Quizás no venga mal, para mejor comprensión de estas desproporciones, dos datos comparativos: la relación para Estados Unidos es de 4'8 y 3'1 y para España es de 4'5 y 1'8, justo la inversa a Pakistán.

La Unesco cifró en cien periódicos por mil habitantes el límite entre desarrollo y subdesarrollo en este campo. Pues bien, en África subsahariana, excepto Namibia, los demás no llegan a los 30/000, y cinco de ellos tienen que conformarse con 1/000. En Asia Central y Meridional los países se mueven entre los seis y los veinticinco por mil. Aparatos de radio y de televisión –la media en Europa occidental está entre 500 y 1.000/000 para radio y entre 450 y 500/000 para televisión– hay menos de cien por mil en dieciocho de los cuarenta y un países contemplados para radio, y menos de cien televisores en todos ellos, y en cinco se hallan por debajo de diez aparatos por mil habitantes. En Asia

¹² Peter F. Drucker, *La Sociedad Poscapitalista*, Barcelona 1993.

¹³ Peter F. Drucker, «*The next society*», en *The Economist*. 3.11.01.

central y meridional las cosas son algo, sólo algo, mejores: con menos de cien radios en ocho países y con menos de cincuenta televisores en muchos de ellos.

Los datos de telefonía fija o móvil, de ordenadores o de uso de Internet son tan exigüos que no merece la pena mencionarlos¹⁴. Una vez más, entre mundo y mundo se abre un vacío comunicativo: sólo en Manhattam hay más líneas telefónicas que en toda el África subsahariana, y mientras en la OCDE la dotación es, según países, de 523 a 597 teléfonos por mil habitantes, en los Países Árabes es de 76/000, en Asia oriental es de 122/000, en Iberoamérica es de 162/000, en Asia Meridional es de 38/000, en Asia del suroeste es de 151.000 y en Europa Central y Oriental y en la CEI es de 224/000. Y asimismo una «brecha digital»: el 20% de la población mundial controla nada menos que el 93% de la red informática y la cota de penetración en los países más pobres es sólo del 1%. Los 400 mil habitantes de Luxemburgo comparan más ancho de banda que los 760 millones del continente africano, donde uno solo de cada 130 subsaharianos podían usar un ordenador en 2001. En la Cumbre Mundial de Naciones Unidas sobre la Sociedad de la Información (10 a 12 de diciembre, 2003), en la que los avances fueron mínimos, el Presidente de Ruanda, Paul Kagame, dijo, «no se trata de tener que elegir entre la penicilina y el pentium, sino de avanzar en paralelo»; bien, bien, pero ¿quiénes?

Las posibilidades de educación y formación profesional que procuran, incluso a los más pobres, las nuevas tecnologías de la comunicación (NTC) resultan en consecuencia lamentablemente escasas.

4. Desde diversos foros se ha destacado que por importantes que sean, y lo son, el capital y la técnica para lograr el desarrollo, no son la única arma para la lucha contra el hambre y la pobreza, en el sentido amplio que hemos dado a este último término, y la desigualdad. Tanto o más importante es el ejercicio de las libertades, propio de los regímenes democráticos que garanticen la expresión libre, el derecho de propiedad y la salvaguarda de los derechos políticos. Eso mejora, sí, la calidad de vida, pero asimismo el bienestar material¹⁵. Como antes señalé, hay una proporción directa entre tiranía y atraso, entre opresión y hambrunas, que ocurren habitualmente –no es casual– en los contornos dictatoriales, y no siempre por escasez o falta de recursos sino por el

¹⁴ Todos estos datos están tomados de UNESCO, Informe Mundial sobre la Cultura, Madrid 1999.

¹⁵ V. Juan Velarde, «La pobreza de los pueblos», en ABC, 16.12.01.